

TEATRO

EL CRITICO E S C R I B E

"LA HECHICERA EN PALACIO"

(Alcázar)

¡Otra vez Celia!

NO queremos sustraernos a contar esta anécdota presenciada por nosotros antes del estreno de "La hechicera en palacio" en el camarín de la eminente Celia Gámez—y he aquí que por primera vez, sin que suene extraño, puede aplicarse con toda veracidad el adjetivo de eminente a una "vedette"—. No queremos sustraernos a recoger la anécdota. Dos horas antes de la función, otro periodista amigo de la estrella se lamentaba de hallarse enfermo y sentíase inquieto ante la posible imposibilidad que por su estado de salud se le avecinaba de asistir al espectáculo:

—Si crees que no has de venir, ¿por qué no me vendes tu entrada? Yo te doy un vale para otro día—le propuso Celia.

—No, que a lo mejor vengo.

—Te la compro en veinte duros; ¡es que tengo un compromiso, hombre, y no encuentro una por ningún sitio!

—Pero en la calle las están pagando a cuarenta.

¿No es curioso que Celia Gámez se hallara buscando una entrada de estraperlo para su propio espectáculo? Y nada refleja mejor la expectación enorme que tal estreno había despertado.

—He acumulado en la revista que presento esta noche mis máximos esfuerzos y desvelos; he gastado en su presentación muchísimo más que en ninguna otra obra; he querido superar con creces cuanto hice hasta aquí en lujo, en finura y en todo, porque—¡y esto se lo digo para que no salga de entre nosotros!—, porque quizá sea éste el último espectáculo que presente, y quiero dejar puesta la bandera bien alta.

Y era lo cierto; ni vieneses ni nadie nos han presentado jamás una revista de tan bello montaje, con tan refinado gusto, tan cuidada y sencilla, de tan deliciosa música, donde hay números con tan fácil melodía y tan delicadamente armoniosos como el de una estudiante portuguesa, en el que la belleza y el arte sin par de Celia Gámez rutilan en todo su esplendor, número que desde hoy se cantará en la calle, y... ¡y ya era hora de que en la calle se cantara algo fino!

Entre piropos y delirantes ovaciones deslizóse la representación. Vuelve a sonar en España, por arte de Celia, la música gracil y elegante del maestro Padilla, suave y bonita, sin estruendos de batería, con gotas de xilófono, que son como las guindas que enojan las tartas de las pastelerías caras. Un libro gracioso, ágil, donde la continua pirueta del endiablado Ramos de Castro vierte su salero en la línea lírica de este gran hallazgo que es Arturo Rigel, amasando entre ambos la máxima eficacia.

Decorados luminosos, espléndidos, llenos de sutiles encantos en líneas y colores, obra del genial escenógrafo López de Sevilla; deliciosos figurines, atrevidos y con un sentido justo de la moderna opereta, obra de Víctor María Cortezo, y una impecable coreografía, de personalísima factura, realizada por Diego Larrios, que con ella se pone a la cabeza de los coreógrafos españoles, visiten la escena para el más rotundo de los éxitos de Celia registrados en su historia teatral.

Carlos Tañes, el extraordinario Tarzán cantante; el descoyuntante Pepe Bárcenas, la bella Olvido Rodríguez, el personalísimo Paquito Cano, Pepe Porres, en su papel de Rey de Veragua; María Luisa Gámez, las dos lindas bailarinas Mari Carmen y Lidia Morrell, todos, en fin, realizaron una interpretación digna del máximo encomio. Un cuadro de vicetiples excepcionales, tanto en su arquitectura como en su belleza y disciplina, vicetiples que bailan y que hablan, vicetiples que cantan además como si fueran vicetiples de zarzuela, pero que, al contrario que las de zarzuela, éstas son jóvenes y bonitas, llenan de alegría el escenario de Celia.

Sorprende y maravilla el vestuario que nuestra "primera" "vedette" muestra en "La hechicera en palacio". Y, en fin, fueron tantas, tan largas y apoteóticas las ovaciones, que la eminente artista y el maestro Padilla no tuvieron otro remedio que dirigir al público la palabra. No vacilamos en reseñar el éxito de anoche como el más grande de cuantos en este género hemos conocido en nuestra ya larga vida de cronista teatral.

Leocadio MEJIAS